

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 273

25 Cts.



**LA SOMBRA
DEL RECUERDO**

POR
JOHN BOWERS,
LILLIAN RICH,
ETC.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 273

LA SOMBRA DEL RECUERDO

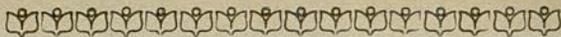
Sentimental película interpretada
por los célebres artistas

JOHN BOWERS, LILLIAN RICH y otros

Exclusivas FÉNIX

Rambla de Cataluña, 46
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EILEEN PERCY



LA SOMBRA DEL RECUERDO

Argumento de la película

I

Rosalía Woord era sin duda la artista predilecta del público neoyorquino. Su belleza y su arte cautivaban a los más exigentes y sus éxitos se contaban por las veces que aparecía en escena.

Por eso no es de extrañar que la amplia sala del Gran Concert Royal, donde a la sazón actuaba Rosalía, se viera todas las noches rebosante de admiradores de la gran artista, sobre todo, en la función de su despedida.

Porque la creadora de los bailes inimitables, de las pantomimas líricas de insuperable emoción, en el apogeo de su gloria había decidido abandonar la escena.

Quienes conozcan el alma femenina, comprenderán que una mujer, sobre todo si es artista, no se impone el sacrificio de renunciar al esplendor de

su fama, a su nombre subrayado por la admiración general, si no es impulsada por un sentimiento todopoderoso y avasallador que sólo el amor puede hacer nacer en los corazones juvenilmente apasionados.

El feliz responsable de aquel despojo artístico que la retirada de la escena de Rosalía significaba, era el joven Alfredo Kimberlin, gran enamorado y cultivador del deporte ecuestre, pero cuyos caballos, no obstante concurrir a todos los concursos internacionales, no habían logrado aún el triunfo definitivo que Kimberlin necesitaba para reponerse de las enormes cantidades empleadas en la cría y entrenamiento de los magníficos ejemplares encerrados en sus cuadras.

Alfredo asistía aquella noche al Gran Concert Royal acompañado de su íntimo amigo y *trainer* Pedro Delorme, quien, despreciando contratos bastante más ventajosos, prefirió quedar al lado de Alfredo confiando ciegamente en un triunfo definitivo y cercano.

En la mesa próxima a la que los dos amigos ocupaban, tomó plaza Frank Gorman, afortunado rival de Kimberlin en los concursos hípicas y que había aspirado, aunque inútilmente, a serlo también en el corazón de Rosalía.

El rudo pero honrado Pedro Delorme lo odiaba cordialmente.

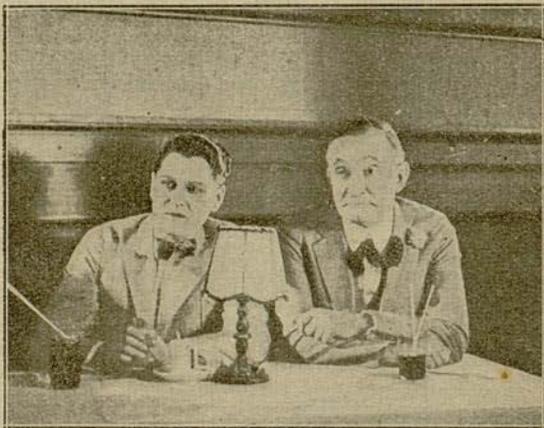
—Ahí tienes — dijo mostrándoselo a Alfredo — a ese imbécil de Gorman, el peor preparador de caballos de carreras.

—Tú puedes juzgarlo como quieras — repuso Kimberlin—, pero la realidad es que él gana y nosotros perdemos.

—Siempre he creído que la suerte es patrimonio de los tontos — sentenció Delorme despectivo.

Y, luego, queriendo comunicar a su amigo el odio que Gorman le inspiraba, añadió:

—Y ya que tu matrimonio con Rosalía parece cosa resuelta, te diré que ese mequetrefe se atrevió a poner sus ojos en tu prometida.



—Ahí tienes a ese imbécil de Gorman, el peor preparador de caballos de carreras.

—Y yo no necesito advertirte — replicó Kimberlin con tranquilidad—, porque tú mismo lo habrás advertido, que, fuera de la corrección benévola necesaria a toda artista, Rosalía supo siempre mantenerlo a raya.

—No te fíes, no te fíes — insistió Delorme, implacable — ni te olvides de que todas las mujeres son descendientes de la Eva que nos hizo comer aquella manzana que aun no hemos podido digerir.

—Para evitar tus suspicacias y las del resto de las gentes, he decidido casarme...

—Muy bien hecho.

—...esta noche.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Esta noche. ¿Te parece que tardo demasiado?

Delorme se negaba a dar crédito a las palabras de su amigo. Pero tuvo que rendirse cuando Alfredo le mostró el anillo de boda que guardaba en uno de sus bolsillos y le aseguró, muy seriamente, que, en cuanto Rosalía terminase su trabajo, irían a casa del Pastor, que ya les aguardaba.

II

Todo sucedió como Kimberlin lo había anunciado. La boda se celebró aquella misma noche. Y, Rosalía, renunciando a su gloria y abandonando voluntariamente el lujo que la rodeaba, fué a compartir el vivir estrecho del arruinado deportista.

Durante dos años consecutivos, la mala suerte persiguió al joven matrimonio. Los caballos de Alfredo continuaban siendo vencidos en cuantas carreras tomaban parte, y exigiendo el desembolso de nuevas cantidades para atender a su perfeccionamiento.

Rosalía, que, al casarse, hizo donación de todos sus ahorros y alhajas a un establecimiento de beneficencia para satisfacer así los deseos de su marido cuya escrupulosidad se negaba a aprovecharse de aquellas riquezas que no le pertenecían, vivía ahora en mediocridad rayana en la miseria, priván-

dose aún de lo necesario y ocultando a Kimberlin sus apuros de mujer casera para no hacer más intensa la desesperanza que iba apoderándose del corazón de Alfredo. Afortunadamente, el intenso y mutuo amor que los unía, hizo dulces las horas más amargas.

Este lazo espiritual que unía y fortificaba contra la adversidad los corazones de los jóvenes esposos, se hizo más estrecho e irrompible con el nacimiento del hijo esperado.

Pero, como si la fatalidad quisiera hacer también escarnio de aquella naciente dicha, el prodigio de la maternidad costó a Rosalía la ruina total de su quebrantada salud.

Y se hicieron más negras las horas amargas de la pobreza. Y vinieron, para Alfredo, los tristes días y las largas noches pasados a la cabecera de la enferma, espionando las intermitencias de la traidora dolencia y midiendo, con la desesperación del impotente, los lentos pero seguros pasos de la esposa querida camino de la muerte.

Delorme, dejando a su amigo al cumplimiento de sus tristes deberes, se preocupaba sólo del entrenamiento del caballo "Relámpago" que había de correr en las pruebas de Otoño y en el que el inteligente *trainer* tenía puestas sus más caras esperanzas.

Y al atardecer de un día de Noviembre, mientras en la gran pista del Hipódromo neoyorquino, Delorme, radiante de alegría, veía premiados sus desvelos con el triunfo clamoroso de "Relámpago", Alfredo, nublados los ojos por las lágrimas y destrozado el corazón, recogía, allá en la humildad del hogar sin fortuna, el último suspiro de Rosalía, cuya vida se extinguió lentamente, como una luz que se consume, reposando una de sus pálidas ma-

nos sobre la cabeza del hombre que tanto amó y estrechando con la otra los diminutos dedos del hijo que tanto hubiese amado.

III

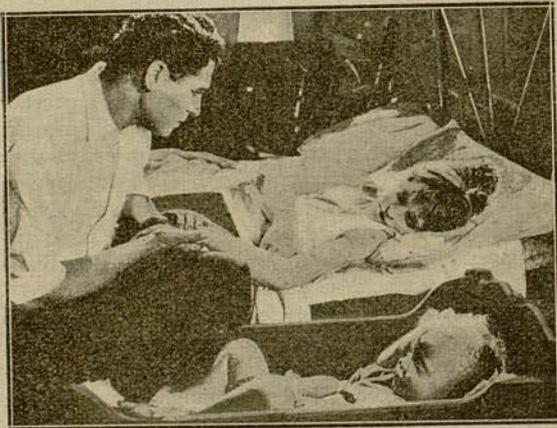
Cuatro años de incansable buena suerte en los negocios y en las carreras bastaron para convertir la mediocridad de Kimberlin en opulencia fastuosa. Su fortuna llegó a ser una de las principales de Nueva York.

El pequeño Carlos, el hijo de Rosalía, creció rodeado de todos los cuidados, de todas las satisfacciones. Careció de lo único que el dinero no podía darle: afecto maternal.

Pero hasta en esto, el destino quiso ser benévolo con aquellos a quienes tan duramente había tratado. Entre las relaciones que en su nueva posición contrajo Kimberlin, se contaba la familia Gordon, que había desempeñado un lucido papel en la alta sociedad neoyorquina, pero a la que reveses de fortuna obligaron a renunciar casi por completo a sus antiguos esplendores. Vivían los Gordon modestamente y era el principal sostén de la familia, Magdalena, la hija mayor, muchacha inteligente y activa, que dándose cuenta perfecta de su falsa posición, decidió romper definitivamente con el pasado y crearse un porvenir debido sólo a su esfuerzo.

Establecidas las relaciones entre los Gordon y Kimberlin, Magdalena llegó a querer intensamente a Carlitos, gozando en retenerlo a su lado y colmarlo de caricias. Esto fué para el niño huérfano un reflejo del cariño maternal que le faltó desde

la cuna, y en su tierno corazón no tardó en nacer y arraigar la obligada correspondencia. Todas las tardes Magdalena pasaba por casa de Kimberlin a recoger a Carlitos, y juntos iban a admirar los escaparates de las tiendas de fantásticos juguetes y a recorrer los parques de la ciudad donde Magdalena



...midiendo los lentos pero seguros pasos de la esposa querida camino de la muerte.

se convertía también en niña para alegrar las horas de asueto de su revoltoso compañero.

Aunque el recuerdo de la muerte vivía en él imborrable, Alfredo no podía menos de sentir honda simpatía y profunda gratitud hacia aquella muchacha, cariñosa y buena, a cuyo lado Carlitos se mostraba tan feliz como si lo estuviese al de su madre. Alguna vez, como un relámpago, pasó por la imaginación de Alfredo la posibilidad de rehacer

su vida sentimental al lado de aquella mujercita que comenzó siendo madre antes de aspirar a ser esposa. Pero el recuerdo de Rosalía, de la pobre Rosalía, de cuya muerte se creía en cierto modo responsable por haberla arrancado de una vida que, acaso, la hubiese proporcionado medios para restaurar su salud arruinada totalmente en un medio de continuas privaciones, espantaba aquellos fugitivos pensamientos y hundía de nuevo su corazón en el mudo, constante y apasionado culto hacia la que ya no existía.

Por el contrario, Carlitos, que ningún recuerdo conservaba de su madre, se entregaba con todo entusiasmo a aquel puro amor que Magdalena le mostraba, y pensando en ella se levantaba y era su nombre el que al cerrar los ojos pronunciaban sus labios.

Una tarde, de regreso de uno de los paseos con la dulce amiguita, con la ingenuidad propia de sus propios años, planteó el problema sentimental que Magdalena significaba para aquella casa, con una sencillez que sólo la inocencia es capaz de imaginar.

Saltando sobre las rodillas de Alfredo, lo besó largamente y le refirió, como siempre, las incidencias del paseo. Luego, mirando fijamente a su padre, le dijo:

—Oye, papáito. Puesto que tanto le agrada a Magdalena como a ti estar a mi lado, ¿por qué no viene ella a vivir con nosotros o por qué nosotros no vamos a vivir con ella?

Quedó Alfredo estupefacto. Una contestación que hubiese satisfecho al pequeño impertinente exigía una larga digresión de cuyo contenido era casi seguro que Carlitos no entendería ni una palabra. Por decir algo, Alfredo interrogó a su vez:

—¿Te gustaría que Magdalena viviese siempre contigo?

La evasiva resultó inútil y más que inútil, perjudicial. Carlitos estaba decidido a ir al fondo del asunto y, como hábil polemista, convirtió la habilidad del contrario en argumento de claridad meridiana.

—¡Ya lo creo! — contestó riendo—. Y a ti también.

Desde aquel día Alfredo comenzó a pensar seriamente en lo que, en realidad, Magdalena pudiera significar para su vida. Desechó desde luego la posibilidad de que su corazón fuese capaz de traicionarle dando acogida a un nuevo amor incompatible con el culto debido a la muerta. El no podría querer de amor otra imagen de mujer que no fuese la nunca bien adorada Rosalía. La amó tanto y fué tan digna ella de éste cariño, que en el altar de su devoción quedaron agotadas las posibilidades sentimentales del devoto. Pero... ¿y Carlitos? Carlitos se hallaba en la edad en que un niño necesita más de los cuidados maternos. Sería preciso confiarlo a la vigilancia de una extraña que le inculcara aquellas primeras enseñanzas y aquellos sentimientos primeros que modelan el alma del niño y son la base sobre que descansa la educación espiritual del hombre futuro. ¿Por qué no había de ser Magdalena la que esa delicada misión realizase, puesto que Carlitos llegó a quererla como madre, y ella — estaba seguro Alfredo — quería a Carlitos como si hijo suyo fuese? Mas para que la misión educadora diese los frutos apetecidos era preciso que fuese constante y no sufriese interrupción. Y puesto que Magdalena poseía tantos atractivos, ¿no era fácil que se casara en breve plazo? Y, entonces, ¿quién la substituiría, no ya en el modelado del

alma del hombre futuro, sino en el corazón del niño actual? En realidad, no era disparatado pensar en una unión — Alfredo no se atrevía a llamarle matrimonio — que convirtiera a Magdalena en colaboradora suya en la obra de educación de Carlitos. ¿No era aquel el hijo de la muerta querida? Pues ninguna manera mejor para reverenciar la memoria de la madre que llegar hasta el sacrificio en provecho del hijo.

Esta idea de sacrificio acabó alejando todos los escrúpulos de Alfredo. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Efectivamente. Al casarse con Magdalena él no realizaba más que un sacrificio, un enorme sacrificio por aquel hijo del amor que le uniera a Rosalía. Era un nuevo ex voto depositado en el altar de sus devociones. La muerta le bendeciría desde el cielo. Estaba seguro de ello.

IV

Y Alfredo Kimberlin se casó con Magdalena Gordon.

La noche de la boda, al regresar a su suntuosa morada los nuevos esposos y luego que se hubieron ausentado los escasos invitados, cuando Alfredo quedó a solas con Magdalena, la hizo sentar a su lado y le habló de esta manera:

—En esta casa, Magdalena, que desde hoy es tuya, serás madre pero nunca esposa. Antes de nuestro matrimonio, te revelé el secreto de mi corazón. Y, tú, sin embargo, accediste a unirme a mí inclinada por el santo cariño que a Carlitos profesas. ¡Dios te bendiga por ese desinteresado afecto! Yo tam-

bién sabré corresponder a él brindándote, no las satisfacciones materiales que mi posición pudiera ofrecerte, porque la elevación de tu espíritu hubiese sabido muy bien prescindir de ellas, sino todo el respeto y la gratitud que mereces unidos al afecto compatible con aquel otro imperecedero que llena y llenará hasta la muerte mi corazón. Vienes, en fin, Magdalena, a esta casa a ser madre de Carlitos y a ser hermana mía. ¿Estás satisfecha?

—Mucho. Soy feliz como jamás lo he sido. Y sólo deseo que, tanto Carlitos como tú, halléis en mí algo que os recompense de todo el bien que me hacéis.

¿Era sincera Magdalena al pronunciar estas palabras o eran opuestos a ellas los sentimientos que en aquel momento agitaban el espíritu de la joven desposada?

Magdalena mentía, mentía dolorosamente, destrozándose el alma al pronunciar cada palabra de su mentira. Al aceptar las proposiciones matrimoniales de Alfredo, no había obedecido sólo al afecto que el pequeño Carlos le inspiraba. En su corazón de mujer ilusionada había echado raíces otro cariño más hondo que aspiraba a verse correspondido. Magdalena estaba enamorada de Alfredo. Y, aunque él parecía no vivir más que para rendir culto a la memoria de la muerta Rosalía, ella soñaba con extinguir el resplandor del pasado fundiéndolo en la llamarada ardiente de un nuevo amor. Por eso fingió resignarse cuando Alfredo le expuso la norma de conducta a que había de sujetarse la vida matrimonial, confiada, con el natural orgullo de toda mujer, en que sus caricias y sus atractivos palpitantes acabarían por seducir al hombre amado.

Así es que cuando Alfredo la invitó a que le siguiese para mostrarle las habitaciones que había

hecho preparar para ella, Magdalena tuvo una sonrisa maliciosa para aquella *honest* separación a que el marido la condenaba la propia noche de bodas.

Las habitaciones de la joven esposa eran en verdad magníficas y ataviadas con tan refinado gusto que hubiesen satisfecho las exigencias de la mujer más descontentadiza.

Admirándolo y observándolo todo, Magdalena llegó hasta una puerta que permanecía cerrada y que ella intentó abrir. Alfredo la detuvo.

—Te agradecería que no penetrases en esa habitación, Magdalena.

—¿Qué misterio escondes aquí que no pueda ser conocido por tu mujercita? — indagó ella zalamera.

Alfredo, tras un corto silencio en que pareció luchar consigo mismo, respondió:

—Puesto que lo deseas y, al fin, tendrías que saberlo, te revelaré lo que detrás de esa puerta se oculta. Ahí conservo cuanto perteneció y yo hubiese querido que poseyese Rosalía, ya sabes, mi primera mujer. Es como el relicario de los recuerdos más caros de mi vida. Tú serás desde hoy la dueña de esta casa y es justo que ni aun este sagrado recinto te sea desconocido. Sólo te ruego que después de penetrar esta noche en él, no vuelvas a hacerlo.

Alfredo franqueó la entrada y ambos penetraron en la cerrada habitación. Junto a muebles propios del más humilde de los hogares, se habían depositado allí otros modernos de una riqueza fastuosa. Un gran retrato de mujer, verdadera obra de arte, pendía sobre un sencillo lecho de madera.

Mostrándole toda aquella extraña amalgama, Alfredo explicó a Magdalena:

—Cuando ella vivía éramos pobres, muy pobres,

y nunca pude satisfacer sus naturales aspiraciones de mujer y de artista. Muerta ella y rico yo, quise reunir aquí cuantos objetos hubiesen constituido su alegría si el destino adverso no la hubiera arrebatado para siempre de mi lado. Mira — añadió mostrando a la absorta Magdalena un gran jarrón de porcelana—: todas las mañanas hago cortar y traer



—¿Qué misterio escondes aquí que no puede ser conocido por tu mujercita?

aquí todas las rosas blancas del jardín porque éstas eran sus flores favoritas.

Después, Alfredo abrió otra pequeña puerta y a los ojos de Magdalena aparecieron múltiples vestidos de mujer de las más diversas formas y calidades.

—Aquí guardo — dijo Alfredo sin notar la intensa palidez que iba cubriendo el rostro de Magdalena—

los vestidos, los adornos, las insignificantes chucherías que ella usaba, primero en la escena y luego en nuestro dichoso hogar. Junto a lo que fué suyo, junto a lo que santificó el roce de sus manos y de su cuerpo, yo he colocado otros vestidos, otros adornos, otras bagatelas que mi pobreza no pudo ofrecerle cuando vivía. ¡Ah! — añadió Alfredo sin reparar en el dolor que sus palabras causaban en el corazón de la menospreciada mujercita, mostrándole el último traje que Rosalía lució en la escena—... ¡Si tú la hubieses visto con este vestido! Fíjate. Todo de escamas de plata. Lo utilizó en su última pantomima, El Tesoro de la Sirena. ¡Qué bella estaba!

Magdalena no pudo contenerse más. Volvió la espalda y salió lentamente de la habitación de la muerta dirigiéndose a la suya. Sólo entonces Alfredo se dió cuenta de la crueldad de sus palabras, de la inoportunidad de sus explicaciones y de sus entusiasmos. Siguió a la dolorida y trató de restañar la herida que él mismo produjo.

—Perdona, Magdalena, si te hice daño sin quererlo. ¡Amé tanto a la pobre Rosalía!...

Y, al darse cuenta de que, en lugar de enmendar el mal lo agravaba:

—A tí también te quiero — añadió—. Pero de otra manera, más sosegadamente, como a una hermana. Me perdonas, ¿verdad?

Y, ella, resignada, dolorida, deshecha su esperanza de triunfar sobre el pasado, sólo supo responder:

—No te entristezcas, Alfredo. Nada tengo que perdonarte. Comprendo tu proceder. ¡Eres tan bueno!...

Callaron ambos. Quedó presa una de las manos de Magdalena entre las de Alfredo. Pero él, len-

tamente le dió libertad. Y sin mirar a quien no dejaba de mirarlo, salió de la habitación sin pronunciar más palabras que un frío: "¡Buenas noches!" al cruzar los umbrales de la estancia.

Y, bajo el techo que soñó fuese tan suyo, Magdalena quedó sola, sola y muy triste porque comprendió que tanto era el lugar que el recuerdo de la muerta ocupaba en el corazón de Alfredo, que a ella le sería obligado permanecer fuera, recogida en su propio dolor, como esos mendigos que acurrucados en su miseria se duermen cada noche junto a las puertas cerradas de los templos.

V

Transcurrieron varios días sin que las relaciones de los esposos traspasasen los límites que Alfredo fijó la noche de sus bodas.

Magdalena había comenzado con todo entusiasmo y cariño su misión educadora cerca de Carlitos y Alfredo pasaba el día con Delorme ocupado en la preparación de los caballos que habían de tomar parte en las próximas carreras de primavera. Entre ellos figuraba un hermoso ejemplar nacido en las cuadras de Kimberlin y que, cuando potro, fué el predilecto de Rosalía. Era un alazán soberbio aunque bastante arisco para los desconocidos. Sólo Delorme y Alfredo, que lo adoraba por haber sido el preferido de la muerta, podían acercársele impunemente.

Una mañana en que Delorme había sacado al disco caballo a pasear por el parque, encontró a Magdalena que se le acercó deseosa de acariciar

al animal. El *trainer* lo impidió advirtiéndolo a Magdalena del peligro a que se exponía.

Enablada la conversación e impulsada por sus constantes pensamientos, Magdalena preguntó a Delorme si Rosalía era aficionada a los caballos.

—Mucho — respondió Pedro con visible entusiasmo—. Y entendía bastante de cuanto con ellos se relaciona. Su potrillo favorito era esta buena pieza. Ella, Alfredo y yo somos las únicas personas que Alazán ha consentido que lo acaricien.

Al escuchar a Delorme, Magdalena sintió un deseo irresistible de arrostrar las iras del potro favorito de Rosalía. Y sin que Delorme pudiera impedirlo, puso una de sus manos en el cuello del animal con ánimo de acariciarlo. Se revolvió el caballo furioso y, en una de sus violentas contorsiones, arrojó por tierra a la imprudente Magdalena.

A los gritos de Pedro, acudió rápidamente Alfredo que, tomando entre sus brazos el cuerpo inanimado de su mujer, gritó con rabia a Delorme:

—¿No te dije que no la dejaras acercarse? ¡Llévate ahora mismo ese maldito animal y no vuelvas a sacarlo de la cuadra!

Cuando Alfredo se hubo alejado con su desfallecida carga, Delorme, acariciando el cuello del ya reducido Alazán, comentó entre irónico y contento:

—Te ha llamado maldito. Buena señal. Eso indica que Magdalena no le es tan indiferente como él asegura.

El accidente, que por fortuna careció de importancia, dió ocasión a que se hicieran más constantes e íntimas las relaciones de los jóvenes esposos.

Como Magdalena tuvo que guardar cama y días de convalecencia durante los cuales no abandonó sus habitaciones, Alfredo se vió precisado a hacerle compañía permaneciendo a su lado horas enteras.

A la noche, se hacían servir la cena en las mismas habitaciones de Magdalena y prolongaban la velada hasta cerca de las once. Generalmente, Carlitos, si no se hallaba muy fatigado de sus correrías por el parque, permanecía con ellos, distrayéndoles con su charla y haciéndoles participar en sus juegos.

Una de las noches en que Carlitos se retiró más



A los gritos de Pedro acudió rápidamente Alfredo...

temprano que de costumbre y quedó solo el matrimonio, Alfredo, invadido por no sabía qué sentimientos de ternura hacia la convaleciente, quizás porque aquella velada se mostró Magdalena más cariñosa que nunca con Carlitos, tomó asiento en la almohada que a los pies de ella acababa de abandonar el niño y retuvo una de las manos de su mujer entre las suyas.

—Dios te pague — dijo él mirándola fijamente — todo el bien que haces a mi hijo. A veces, viéndote tan unida a él, y a él tan unido a ti, me parece que en realidad eres su madre y me siento feliz de haberte traído a esta casa para que la alegres con el amor que a todos nos profesas, y quisiera que también tú lo fueras para resarcirte así del bien que nos haces.

Magdalena le escuchaba en silencio. Pero en el brillo de sus ojos y en el temblor de la mano que Alfredo mantenía entre las suyas, se adivinaba la emoción que su alma experimentaba en aquellos instantes.

—Tan pocas veces te oigo, Alfredo — repuso ella en voz baja—, que, el escuchar tu voz me parece el mayor bien de cuantos puedes otorgarme. No es sólo Carlitos quien ocupa mi corazón, bien lo sabes, bien lo habrás adivinado. Vine a esta casa para ocupar el puesto de madre pero sin dejar de aspirar a ser esposa. Pero tanto puede en ti el peso del recuerdo, que nunca tus ojos me otorgaron la merced de fijarse en mí. Y, ya ves: vivo resignada, feliz, hasta el punto de que no cambiaría este dolor de saberme por ti menospreciada por la dicha de un amor que no fuese el tuyo.

Como pago a su ingenua confesión, Magdalena sintió que se hacía más intensa la presión de las manos de Alfredo sobre la suya. Y, luego, transcurrido un minuto de silencio, el contacto de los labios de él al posarse en la mano prisionera.

Dieron las doce en el reloj de la estancia contigua y Ana María, la doncella, penetró en la alcoba rompiendo el encanto supremo del instante. Se incorporó Alfredo. Y, con una mirada en la que ella creyó leer una promesa, se despidió de Magdalena.

Una dulzura inefable quedó en el corazón de la

virgen desposada. Despidió a la doncella y quedó sola, segura de que se acercaba el momento de su triunfo sobre el pasado. ¡Aquella mirada de Alfredo al despedirse!... Se esmeró en su tocado de noche. Los más embriagadores perfumes que hasta entonces permanecieron intactos, ungieron los destrenza-



—Dios te pague todo el bien que haces a mi hijo...

dos cabellos. Y, una vez en el lecho, apagó la luz y esperó palpitante.

Pasaron veinte minutos. De la habitación de Alfredo, contigua a la suya, llegó el crujido de un lecho al incorporarse en él una persona y, luego, el rumor de unos pasos apagados. Gimió la puerta de comunicación entre las alcobas de los dos esposos. Y, al escaso resplandor que penetraba por el balcón entreabierto, Magdalena distinguió a Alfredo

que avanzaba lentamente hacia ella. Tendió los brazos. Iba ya a pronunciar el nombre adorado. Pero, llena de sorpresa, vió que Alfredo, pasando junto a su lecho, sin fijar en ella una sola mirada, como bajo la influencia de un poder magnético, continuaba su camino dirigiéndose hacia la habitación de la muerta Rosalía que franqueó y cerró tras sí.

¡Nueva desilusión! La voz de la muerta podía aún más en el corazón de Alfredo que el amor vivo y palpitante de la esposa menospreciada.

VI

Aprovechando una corta ausencia de Alfredo, se decidió Magdalena a una última tentativa para conquistar el corazón de su marido.

Hizo llamar a un decorador y, con una audacia de la que sólo son capaces las mujeres enamoradas, le ordenó que, en el término de tres días, transformase la habitación de la muerta en la más alegre y bella de la casa. Ella misma, ayudada por sus criados, se encargó de retirar los muebles y encerrar en grandes cofres las ropas que a Rosalía pertenecieron. Al hacerlo, de uno de los vestidos cayó al suelo una sortija de brillantes. Magdalena quedó sorprendida. Siempre oyó decir que, desde su matrimonio, Rosalía no poseyó joyas de valor. No obstante, colocó la alhaja en el lugar de donde cayera y acabó rápidamente la labor que se había impuesto.

Pocos días después regresó Alfredo de su viaje. Y, Ana María, ladinamente, al franquearle la entrada, le advirtió:

—La señorita está en la nueva habitación.

Y añadió ante el estupor de Alfredo:

—Sí, señorito. Mandó por un decorador y ha transformado por completo la alcoba de la muerta.

Kimberlin corrió al encuentro de Magdalena deseoso de averiguar cuanto hubiese de verdad en las afirmaciones de Ana María.

Efectivamente. Aquella estancia que él convirtió en relicario de sus más caros recuerdos, había sufrido una transformación radical. Y, en medio de ella, sonriente y vencedora, estaba Magdalena.

Alfredo, después de dirigir una mirada desconsolada en torno suyo, preguntó a la profanadora, procurando contener su indignación:

—¿Por qué has hecho esto, Magdalena?

—Porque era preciso que yo triunfase — repuso ella con segura voz.

—¿Triunfar? — indagó Alfredo con amargura — ¿De qué?

—Del pasado y del recuerdo del pasado, los dos enemigos de nuestra felicidad.

—Tú no tenías derecho — replicó él con violencia — ni a penetrar en esta habitación. Sólo a mí pertenecía.

Sintió que una oleada de tristeza invadía su corazón y nublaba sus ojos y se dejó caer en un diván murmurando:

—No sabes lo que has hecho, Magdalena. Nunca podrás comprender lo que esta habitación y cuanto en ella se encerraba significaban para mí. Sólo aquí vivía inmortal el recuerdo de Rosalía.

Y añadió, generoso:

—Acaso yo sea el responsable. No te hice conocer el sacrificio de aquella mujer que renunció a su arte, a su fortuna y a su bienestar para compartir conmigo miserias y dolores. No te dije que vivió a mi lado en adoración constante de mi persona, adivinando mis deseos, adelantándose a mis propios pen-

samientos, perfumando mi vida entera con el incienso de un amor inagotable, olvidada por entero de lo que fué y pudo haber sido...

—Y tú — añadió con desconsuelo —, has destruído todo esto, todo esto que era lo único que yo hice para corresponder a su inmenso sacrificio.

El dolor desesperado que en las quejas de Alfredo palpitaba, llegó a conmover el corazón, todo afecto, de la pobre Magdalena. Olvidada de sus propias amarguras, no pensó más que en aquellas otras que ella vertió en el alma agradecida de Alfredo, y a sus ojos asomaron las primeras lágrimas de arrepentimiento.

El las adivinó y, acercándose a ella, la estrechó por primera vez entre sus brazos murmurando con palabras que también tenían sabor a llanto:

—Y, sin embargo, no te guardo rencor, Magdalena. Sólo siento una tristeza muy grande porque el espíritu de Rosalía se ausentó para siempre de mi lado.

—¿Perdóname! — gimió Magdalena cayendo a los pies de Alfredo—. Obré ciegame, impulsada por mi amor hacia ti que creía obscurecido por las sombras del pasado.

Volvió él a estrecharla contra su corazón. Y, también por primera vez, los labios de los esposos se unieron en un prolongado beso.

VII

Disipadas las sombras del pasado por el resplandor de la dicha presente, Magdalena creyó llegada la hora de poder gozar sin interrupción de la felicidad a que tenía derecho.

Pero una tarde, encontrándose sola en casa, le fué anunciada la visita del antiguo amigo y rival de Kimberlin, Frank Gorman. Aunque en un principio se negó a recibirlo en ausencia de su marido, cuando el inesperado visitante le anunció que se proponía informarla de algo relacionado con la vida de Rosalía, la curiosidad femenina le hizo cambiar de parecer y ordenó a Ana María que invitase a Gorman a pasar. La indumentaria del antiguo preparador de caballos de carreras, denotaba que la fortuna le había vuelto la espalda de tal manera, que su pasado esplendor quedó convertido en indigencia vergonzante.

—Me he tomado la libertad — dijo, una vez que se encontró frente a Magdalena — de venir a verla porque deseaba que me informase acerca del paradero de una sortija que yo regalé a Rosalía.

—Le advierto, antes de seguir adelante — le interrumpió Magdalena—, que los asuntos relacionados con la primera mujer de mi marido no me afectan a mí para nada.

Gorman, sin hacer caso de la interrupción, añadió con impetuosidad:

—Rosalía y yo fuimos amigos. ¿Comprende? Muy buenos amigos.

Magdalena le miró con profundo desprecio.

—Me parece — repuso — que en esa grosera insinuación hay envuelta una infame calumnia.

—Cuanto conocen a usted y la estiman en lo que vale — continuó Gorman sin hacer caso de las miradas ni de las palabras de su interlocutora — saben que en el matrimonio no halló la felicidad a que tiene derecho y conocen las causas que la impiden. Yo vengo a ofrecerle esa dicha a precio bastante módico. Escuche el contenido de esta carta.

Y, sin esperar la autorización de Magdalena, sacó

de uno de sus bolsillos dos hojas de papel y dió lectura a lo que en ellas aparecía escrito:

Querido amigo: Une vez más le debo un minuto de olvido y felicidad. Lleva razón. Esta miseria que me rodea no se hizo para mí y no sé si podré resistirla mucho tiempo.

Gracias por la sortija que me envía, aquella sortija que usted usaba y tan de mi agrado era. El fulgor de sus brillantes me recuerda el resplandor extinto de mi vida.

Nos veremos. Se lo prometo. Necesito evocar junto a usted la gloria de mi pasado.

Rosalía.

Terminada la lectura de aquella carta que parecía destruir la aureola de pureza y sacrificio que Alfredo Kimberlin ciñó al recuerdo de la muerta Rosalía, Gorman permaneció en silencio intentando adivinar el efecto que en Magdalena producía. Luego, añadió villanamente:

—La carta por la sortija. ¿Le conviene?

Magdalena, combatida por los más opuestos sentimientos, quedó indecisa. No era lo que le impulsaba a adquirir aquella carta la posibilidad de vengarse del recuerdo de la muerta. Conseguido el cariño de Alfredo, todos los odios de su corazón se extinguieron. Pero era necesario arrancar aquel documento comprometedor de las manos del rufián que lo poseía y que no retrocedería ante ninguna vileza con tal de obtener de su posesión el mayor partido posible. ¿Si Alfredo llegase a conocer aquella carta que ponía de manifiesto la indigna traición de la muerta idolatrada!

—Acepto su proposición — dijo rápidamente dirigiéndose a Gorman—. Espéreme un momento. Voy por el precio de su mercancía.

Aunque al retirarse Magdalena, Gorman creyó que nadie podría ver la sonrisa de triunfo que asomó a sus labios, alguien le espiaba oculto detrás de las vidrieras de la puerta del jardín. Pedro Delorme había visto llegar a la casa a su antiguo rival en las carreras y deseaba conocer las causas de tan inesperada visita.



—La carta por la sortija. ¿Le conviene?

Magdalena regresó y, a cambio de la carta de Rosalía, entregó a Gorman la sortija que un día cayera de uno de los vestidos de la muerta.

Pero cuando Gorman se disponía a retirarse, Alfredo penetró en la casa y el indeseable visitante se vió precisado a huir por la puerta del jardín, seguido de cerca por Delorme.

Ana María advirtió a Alfredo:

—La señorita está con un caballero cuya presencia ha puesto furioso al señor Delorme.

¿Quién podía ser aquel desconocido? Alfredo corrió al encuentro de su mujer.

—¿Quién ha venido a verte? — le preguntó.

—No puedo ni debo decírtelo — respondió ella conservando aún entre sus manos la carta que Gorman le entregara. Alfredo reparó en ella.

—¿Qué tienes en las manos? ¿Qué papeles son esos?

—Una carta.

—¿De quién?

—Te ruego que no continúes preguntando, porque nada sabrás — replicó Magdalena con voz segura.

Aquella inesperada resistencia produjo indecible estupor en Alfredo. ¿Qué misterio encerraban aquellos papeles que la esposa, siempre obediente, se negaba a entregarle?

—Si no me das inmediatamente esa carta, yo te la arrebataré a la fuerza — gritó ya descompuesto y dando un paso hacia Magdalena.

Ella retrocedió apretando aún con más fuerza los papeles estrujados por sus manos. Y ante un nuevo avance decidido del marido celoso, Magdalena arrojó la comprometedor carta al fuego de la chimenea que ardía a su espalda. Y, tranquilamente, confesó:

—Eché esa carta al fuego porque nunca, Alfredo, debes conocer su contenido.

—Eres mi mujer y tengo el derecho de fiscalizar tu conducta — gritó de nuevo él en el paroxismo de la desesperación.

Y, luego en tono de amarga queja, añadió:

—¿No comprendes que, al consumir el fuego esa carta, destruyó también para siempre nuestra fel-

cidad? Si no por amor, por deber de esposa debiste acatar mi voluntad.

Y poniendo aún más amargura en sus palabras, continuó:

—Después de esto, ¿cómo podré tener confianza en ti? La vida bajo el mismo techo es ya imposible para nosotros.

Sin oponer ni una palabra a las recriminaciones de Alfredo, atenta sólo a la última afirmación del celoso marido, Magdalena se dirigió lentamente hacia la puerta de la habitación. Alfredo aun intentó hacerla hablar.

—Te lo pido por nuestro amor, por nuestra vida destrozada, Magdalena. ¡Dime la verdad!

Le miró ella con infinita tristeza y afirmó con voz temblorosa:

—Lo que yo sé, Alfredo; lo que puedo jurar ante Dios y ante los hombres, es que mis brazos fueron hechos para estrecharte a ti sólo, y mi corazón para amarte únicamente. Te quiero. Esa es la poderosa razón que me obliga a callar.

Y abandonó la habitación dejando a Alfredo sumido en la más honda y torturadora de las incertidumbres.

VIII

Delorme había seguido a Gorman cuando, furtivamente, abandonó la estancia donde Rosalía le recibiera, escapando por la puerta del jardín, y logró darle alcance cuando su antiguo rival se recreaba contemplando la sortija que brillaba en uno de los dedos de su mano derecha.

—¿Cómo es — le preguntó el *trainer* — que se halla de nuevo en su poder la sortija que le compró Alfredo para reunirla a los recuerdos de Rosalía?

Con sonrisa de grosero cinismo, Gorman replicó:

—Me la ha regalado la señora Kimberlin.

Delorme se abalanzó sobre él y de un fuerte puñetazo lo derribó en tierra. Después, estrechando el cuello del caído entre sus manos, le exigió:

—¡Dime que has mentado o te estrangulo!

Gorman se apresuró a responder, convencido de que si mentía dejaba la vida entre las manos de su rival:

—Es cierto. Cometí una villanía. Falsifiqué una carta en la que Rosalía me da las gracias por el regalo de la sortija y se la mostré a Magdalena. Ella me ha dado la sortija a cambio del papel.

En aquel momento, Delorme vió que Magdalena se disponía a montar en un "auto" en cuyo interior los criados depositaban varias maletas. Adivinando lo ocurrido, corrió a su lado e intentó detenerla.

—¿Por qué se marcha? Yo diré la verdad a Alfredo y...

—Será inútil, Pedro — repuso ella tristemente—. La desconfianza penetró en su espíritu y no habrá manera de espantarla.

Y, subiendo al coche, se alejó del hogar en que creyó hallar la felicidad y sólo amarguras encontró su corazón.

Y, aquella noche, a bordo de un trasatlántico que hacía rumbo hacia Europa, la infeliz Magdalena devoraba a solas, en la tristeza de su camarote, el fracaso sentimental de su vida. Y cuando, con el pensamiento fijo en el recuerdo de aquellos a quienes tanto amaba y de quienes el destino cruel la obligaba a huir, sentía que el llanto comenzaba a nublar de nuevo sus pupilas, la puerta se abrió lentamente y

en el umbral — ¡oh sorpresa! — apareció Carlitos, su adorado Carlitos, que la miraba sonriente y bur-lón.

—¡Carlitos! ¡Tú aquí!

—¿Por qué te extraña? — replicó el niño con tranquilidad—. Tú te marchabas y, como yo no quiero separarme de ti, le pedí a papá que me tra-



—*Vé, Carlitos; y si el capitán equivoca el rumbo del barco, rectifícalo tú como hiciste...*

jese a tu lado. Y a bordo de este barco tan grande estamos ya los tres. Espérame — añadió, desprendiéndose de los brazos que le estrechaban—. ¡Voy en busca de papá! Me está esperando.

No tardó mucho Carlitos en regresar acompañado de Alfredo. Magdalena no sabía si era realidad o sueño cuanto le acontecía.

—¿A qué vienes? ¿No me creiste culpable? ¿Por

qué, entonces, me persigues? — preguntó al recién llegado que, bajos los ojos, no se atrevía a acercarse a ella.

—Porque necesito adorarte toda la vida — replicó él con voz enternecida — para borrar el mal que te hice. Delorme me refirió la infamia de Gorman. La carta que te vendió, era falsa.

Después, dirigiéndose a Carlitos, Alfredo le besó en la frente y le invitó a que le dejase a solas con la *mamáita*.

—Vé, Carlitos — le dijo—. Y si el capitán equivoca el rumbo del barco, rectifícalo tú como hiciste con el rumbo sin norte de nuestras vidas.

Y, cuando quedaron a solas, estrechando contra el corazón a la esposa amada, mientras los labios de él se acercaban, sedientos, a los de ella, Alfredo afirmó, con voz temblorosa de pasión:

—Sobre las sombras del pasado, tú derramaste la luz de tu bondad y el destello de tu amor. Y se hizo día claro en nuestros corazones. Por eso, porque fuiste aurora de felicidad y sol de venturas, ¡bendita seas, Magdalena, bendita seas!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

SOMOS INCOMPATIBLES

por Florence Vidor, Adolphe Menjou, Betty Bronson, etc.

Postal fotográfica-regalo: EDMUN BURNS

L. N. S. C. sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELICULAS!

COMPRE USTED MAÑANA

el libro 75 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

JUGUETE DE PLACER

Creación de Gloria Swanson, Tom Moore, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

UN ÉXITO SIN PRECEDENTES

está obteniendo el último libro
de las ediciones especiales de la

L. N. S. C.

COBRA

por el malogrado e inolvidable

RODOLFO VALENTINO

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!